

La influencia externa: Ilustración, Independencia y Revolución

< POR GONZALO ORTIZ CRESPO >

Por si no hubieran sido suficientes el malestar político con un Gobierno español sordo a las iniciativas que nacían de los quiteños, la crisis económica que sufría la macroregión de Quito, la

labor de zapa de Eugenio Espejo y sus compañeros y discípulos, y la crisis producida en España por la invasión napoleónica, a Quito llegaron los vientos de la Ilustración y la influencia de

la independencia de EEUU y la Revolución Francesa. ¿Estuvo Quito más expuesto a estas influencias? Averíguelo en esta sexta entrega de la serie “Hacia el bicentenario”.

Las ideas de que el orden social no es eterno ni divino, de que el individuo tiene un papel y que puede, aplicando la razón, las ciencias y el poder creativo, cambiar el mundo, se extendieron por el mundo, de diferentes formas y con distintos matices, a partir de la Ilustración, movimiento intelectual y político francés del siglo XVIII, y fueron las que inspiraron la Revolución de Independencia de EEUU (1776), la Revolución Francesa (1789) y los movimientos revolucionarios latinoamericanos. Entre éstos el que más temprano se manifestó, formando una Junta Soberana, un Gobierno autónomo y un Acta del Pueblo, que es una verdadera Constitución, fue el de Quito, que concretó en la práctica, y a costa de centenares de vidas, los pensamientos que agitaban a varios pensadores del último tercio del siglo XVIII.



En 1736 llegó a Quito la Misión Geodésica Francesa, dirigida por La Condamine, lo que dio inicio al desarrollo de las ciencias en la Audicencia.

Del dogma a la razón

Esta actitud crítica nacía de un enfoque nuevo, basado en el razonamiento y ya no en la aceptación acrítica del dogma. Ésa fue la actitud de **Eugenio Espejo** (ver artículo de esta serie dedicado a Espejo, GESTIÓN, N° 172, septiembre 2008) y de su discípulo y luego cuñado, **José Mejía Lequerica**, que sería, junto con **José Joaquín de Olmedo**, de los más destacados diputados de las Cortes de Cádiz (curiosamente, del tercer quiteño, **Juan José Matheu y Herrera**, conde de Puñonorrostro y marqués de Maenza, gran amigo y compañero de viaje de Mejía, no hay referencias de que haya tenido ningún papel importante en aquel congreso).

Espejo acepta las ideas de la Ilustración pero con una diferencia: proclama y reitera su catolicismo y no pierde oportunidad de criticar por impíos a **Jean Jacques Rousseau** y **Voltaire**,

pero tampoco cesará de recomendar su lectura, así como la de otros autores franceses, e incluso pedir que se aprenda la lengua francesa para que se los lea en su propio idioma, como él se ufana de hacerlo. En sus escritos no faltan las citas a la Enciclopedia, a **Diderot** y a otros autores, especialmente españoles, que indirectamente también hicieron conocer en América el pensamiento francés, como fray **Benito Jerónimo Feijóo** y el **P. Isla**, de quien dice que “para los entendimientos más despiertos ha amanecido el día de la Ilustración, porque en éstos obró un grandísimo efecto de conversión y de enmienda la célebre *Historia de fray Gerundio*”.¹

Se decía “adicto a los franceses” y alababa “la naturalidad, la fluidez” y “la pureza de estilo tersa y varonil” de Voltaire, y de manera irónica decía que en Quito “ciudad píasima por misericordia divina, hay cierto lenguaje libertino sobre ciertos asuntos... Hay ciertos libritos de Voltaire y otros impíos que genios indiscretos o poco religiosos los han traído de España”. Pedía estudiar en Francia antes que en Salamanca, aunque criticaba a la vez que se remedaba acriticamente a los franceses (“los españoles, con tal o cual lectura, son perfectos monos de los franceses”).²

Como se anticipó en el primer artículo de esta serie, la independencia del Ecuador, como la del resto de naciones de América Latina, no puede adjudicarse a una sola causa. Como todo fenómeno histórico complejo, múltiples razones confluyeron para desatar un largo proceso de luchas, que se

incubó en el último tercio del siglo XVIII y se desató en Quito el 10 de agosto de 1809 con el establecimiento del Gobierno soberano. Esas causas fueron ideológicas pero también y sobre todo, como se ha visto en los artículos precedentes, políticas, sociales y económicas. Es como parte de ese conjunto, en el apartado de las causas ideológicas, donde, a través de personas clarividentes como Eugenio Espejo y otros intelectuales, juega un papel importante el pensamiento ilustrado francés, la propia Revolución Francesa y la independencia de EEUU.

La revolución intelectual de la Ilustración: las ciencias

Si pudieran reducirse a tres rasgos la nueva cosmovisión del mundo que surgió del discurso de la razón y de las luces, es decir, la llamada Ilustración, ellos serían:

1. la liberalización en lo político, económico, social y religioso;
2. la confianza en las ciencias y en la razón; y
3. la posibilidad del progreso, que no es sino consecuencia de los dos rasgos anteriores.

El comienzo del desarrollo de las ciencias en lo que es hoy el Ecuador puede fecharse con exactitud: 1736. Ese año llegó a Quito la Misión Geodésica Francesa, venida para medir un grado del meridiano terrestre, bajo la dirección del barón **Charles Marie de la Condamine**, para trazar sobre la superficie de la tierra la proyección de un segmento del arco celeste y, midiéndolo y comparándolo con otro arco trazado en el norte del Hemisferio Norte, resolver de una vez si la Tierra era achatada en los polos, como una mandarina, o era perfectamente esférica, como un melón, y establecer —típica ambición del Racionalismo— la dimensión exacta de un metro, a fin de implantarlo como una medida universal.

Más que el mismo conocimiento de la forma de la Tierra, lo que llevó a las celosas autoridades españolas a dar su autorización para que la Misión Geo-

désica visitara sus dominios americanos, donde tenían prohibido que entrara nadie que no fuera español, fue la insistencia francesa, que apeló al “Pacto de familia” entre los gobernantes borbones de ambos lados de los Pirineos, y el tranquilizante argumento de que quien presidía la misión era un miembro de la tan admirada aristocracia francesa.

Llegada a Quito, el aporte de la misión científica “fue fundamental para la difusión de las ciencias experimentales y la nueva filosofía; y sobre esta base, en la década de 1760, en la Universidad de San Gregorio, regentada por los jesuitas, se llegó a discutir y enseñar la Física copernicana y las Leyes newtonianas”, recordaba el fallecido y admirado **Eduardo Estrella** en su excelente ensayo *La expedición de Juan Tafalla a la Real Audiencia de Quito (1799-1808)* y la “*Flora Huayaquilensis*”, que prologa al gran volumen (grande por su tamaño y su contenido) de *La Flora Huayaquilensis* (Madrid, Real Jardín Botánico, Universidad Central del Ecuador, Icona, 1989, pág. XLII).

Tanto La Condamine como sus compañeros se ocuparon de estudiar el paisaje, el clima, las especies vegetales y animales, lo que también hicieron los dos marinos españoles que los acompañaban, **Jorge Juan** y **Antonio de Ulloa**, en su trabajo oficial, la *Relación histórica del viaje a la América Meridional*. Pero éstos, en su otro libro, *Noticias secretas de América*, descubrirán a sus contemporáneos los extremos de la explotación colonial, el espantoso estado en que se hallaban los indios y la irracionalidad de cómo gobernaba España sus colonias.

Eduardo Estrella descarta que se deban exclusivamente a la Misión Geodésica los avances en geografía y ciencias naturales en la Audiencia de Quito. Según él, estas actividades se debían también a “razones económicas y estratégicas” y, digo yo, también al interés de los propios habitantes de Quito de conocer su espacio y el lugar que ocupaban en la geografía de América y el mundo. No menos de siete

1 Espejo, Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz, *El nuevo Luciano de Quito*, op. cit., Clásicos Ariel, 1779, pág. 190. Espejo se refiere a la obra del P. José Francisco de Isla, *Historia de fray Gerundio de Campazas*, escrita en la primera mitad del siglo XVIII y que constituye una burla del amaneramiento y la ignorancia de muchos religiosos españoles, lo que Espejo aplica por extensión a los de Quito. Esta obra fue prohibida por la Inquisición desde 1760, pero Espejo igual cita la obra y cita la prohibición.

2 Las citas son de *El nuevo Luciano de Quito*. Jorge Salvador Lara en su estudio *La Revolución Francesa de 1789 y la revolución de Quito de 1809* (manuscrito inédito) hace un extenso ejercicio de citas de Espejo, a propósito de los autores de la Ilustración.

Relaciones Geográficas se produjeron entre 1740 y 1761, entre ellas las de **Dionisio Alcedo y Herrera, Jacinto Morán de Butrón, Pedro Vicente Maldonado, Juan Pío Montúfar y Frasso y Romualdo Navarro**. Es la construcción de la conciencia sobre el espacio que ocupa el Reino de Quito, la conciencia de su geografía, de su orografía e hidrología que llegan a ser dibujadas en un extraordinario mapa por Maldonado, causando el asombro de los propios miembros de la misión, quienes le granjearán a su autor el ingreso a la Academia de Ciencias de Francia y a la Real Sociedad Geográfica de Londres.

Pero no era un espacio vacío: era un espacio habitado por generaciones de hombres y mujeres que habían ido construyendo una sociedad. Por eso el jesuita **P. Juan de Velasco**, desde su destierro en Italia, habría de concluir en 1789 su *Historia del reino de Quito en la América Meridional* que, de todas maneras, incluye un tomo de "Historia Natural" para explicar esa naturaleza pródiga y diversa sostén de ese transcurrir humano, desde un remoto pasado legendario.

Los logros franceses en la "naturalización de plantas de ultramar" y sus conocimientos de la geografía y la botánica de América terminaron por preocupar a la corona española, bastante descuidada de estos temas. Los monarcas ibéricos se decidieron por fin en 1776 a establecer en Madrid el Real Gabinete de Historia Natural y encargaron su dirección al sabio guayaquileño **Pedro Franco Dávila**, quien residía en París y cuya colección de plantas, moluscos y animales disecados formó precisamente la base del gabinete real. Asaeteado por la competencia francesa, el Jardín Botánico de Madrid, organiza, por su parte, sucesivas expediciones botánicas al Perú (1777-1778), Nueva Granada (183-1815) y Nueva España (1787-1803). De la primera de estas expediciones se desprenderá el científico **Juan Tafalla**, quien organizará la "Flora Huayaquilensis" y realizará expediciones científicas a Quito e incluso a la actual provincia de Esme-

raldas, siguiendo el camino de Malbucho.

Llega así el cambio de siglo y, con él el arribo del gran sabio **Alexander von Humboldt**, procedente de Berlín, Venezuela y Nueva Granada, quien, contra todos sus planes, se queda más de seis meses, fascinado con la diversidad de la flora, la fauna y la geología de las regiones equinociales del Nuevo Mundo y, en particular, de Quito, punto de partida y llegada de numerosas de sus expediciones.

Con todo ello, al inicio del siglo XIX, y concretamente entre 1802 y 1803, coinciden en Quito, Juan de Tafalla; **Juan José Manzanilla** y sus ayudantes, provenientes de Lima y que trabajaron en estos territorios entre 1799 y 1808; von Humboldt y su compañero el francés **Aimé Bonpland**, llegados de Europa, y que trabajaron entre 1802 y 1803; y los científicos de la expedición de la Nueva Granada dirigida por Mutis y de la cual formaba parte **Francisco José de Caldas**, quien trabajó entre 1801 y 1805.

Pero además estaba el ya mencionado Mejía Lequerica quien, aunque más conocido como político y diputado en las Cortes de Cádiz, fue un gran botánico y naturalista (entre otras profesiones, pues fue graduado en Artes, Teología, Medicina y Jurisprudencia, y fundador de la cátedra de Botánica de la Real y Pública Universidad de Quito), alumno de su cuñado Eugenio Espejo y de otro gran político y filósofo, **Miguel Antonio Rodríguez**. Y en Quito, en esos años de coincidencia extraordinaria, se hallaba también otro sabio naturalista, bastante

desconocido, que fue también profesor de José Mejía, quien lo alojó en su casa: el madrileño **Anastasio Guzmán**, quien vivió en Quito entre 1801 y 1807, cuando murió en un accidente en medio de una de sus expediciones (hay quien dice que fue en los Llanganates, mientras buscaba el tesoro perdido de los incas. Es este explorador quien dejará para la posteridad el famoso *Derrotero de Guzmán*, carta geográfica de esa zona, estudiada y seguida hasta la actualidad por nuevos buscadores de tesoros).

Una confluencia cósmica, sin duda, esta de que hubiera tantos sabios juntos hace dos siglos y todos ellos interesados en la geografía y la botánica de este país bendito por su biodiversidad que es el Ecuador. ¿Cómo no iban a temblar las bases de un sistema dogmático e imperial, aunque fuera en esa alejada colonia que era Quito, con la presencia de tan alto número de científicos en su suelo?

La revolución intelectual de la Ilustración: la universidad

Se puede decir que la Ilustración comenzó en Quito en el mundo académico e intelectual poco antes de la llegada de la Misión Geodésica Francesa en 1725. Los siguientes tres cuartos de siglo verán una continuada batalla intelectual, dentro de las universidades y de las órdenes religiosas, por emancipar el pensamiento de las tutelas hasta entonces establecidas por el escolasticismo de la Iglesia Católica y el control político de la Corona española.

Si se ven las cosas con esta perspectiva, se podrá entender que Eugenio Espejo no fue el único criollo ilustrado de la Audiencia, aunque sí el que llevó más lejos su crítica al sistema, intentando sin éxito levantar a los pueblos de Quito en correspondencia con los de Lima y Bogotá y otras capitales sudamericanas. Como se vio en el artículo anterior de esta serie, su semilla cayó en un grupo notable, que 14 años después de su muerte, constituirían el primer Gobierno revolucionario de Hispanoamérica.



Humboldt llegó a Quito en 1802 y se quedó seis meses.

Ese suelo fértil se debe, precisamente, a que estaba abonado por la intensa vida intelectual de Quito, donde la Ilustración ya tenía una presencia significativa. El más completo estudio que se haya realizado sobre el tema es el de **Ekkehart Keeding**, publicado en alemán en 1983, por lo que no estuvo al alcance de la mayoría de los historiadores ecuatorianos hasta su publicación por el Banco Central del Ecuador en enero de 2005 (*Surge la nación. La Ilustración en la Audiencia de Quito*). El estudio presta especial atención al significado y funcionamiento de las bibliotecas coloniales de Quito, tanto institucionales como privadas. Al establecer cómo se usaron los libros, a quiénes se los prestó, qué anotaron sus lectores en ellos, Keeding encuentra “una nueva sensibilidad... ante las publicaciones del Siglo de las Luces: el lector interesado entra en un verdadero diálogo con aquellas obras, en que hallaba los principios de sus intereses propios —o por los cuales sus intereses habían sido despertados— y de las transformaciones que exigían la modernidad en general y el patriotismo americano en particular” (Keeding, 648).

Obras de viajes, de historia, de ciencias, de política y de temas oficialmente prohibidos, tanto españolas como francesas, circulaban entre los círculos intelectuales y formaban el carácter cosmopolita de los intelectuales del remoto Quito. Vale la pena citar por extenso a Keeding:

“El hecho de que los criollos se orientaran hacia la literatura ilustrada, hacia la vida de la universidad secularizada y hacia las ciencias modernas, revela un proceso similar al de la cultura burguesa europea de comienzos de siglo, el mismo que denota, hablando en términos sociológicos, el surgimiento de una nueva y verdadera élite intelectual... Estos intelectuales quiteños mostraron un creciente interés tanto por las nuevas lecturas como por la participación en la producción de textos propios: poco a poco fueron ganando espacio, hasta llegar a ser ampliamente reconocidos después de 1750... De esta manera, en Quito se

<
LA UNIVERSIDAD
DE QUITO SE ADELANTÓ
A LA DE SALAMANCA
Y RECLAMÓ LA DE LIMA,
TODAVÍA SUJETA
A LA ESCOLÁSTICA,
ABRIENDO LA BRECHA
CON LA AUTORIDAD
ESPAÑOLA.
>

forjó un círculo de personas conscientes de su momento histórico... Confiados en sí mismo y en su saber, los ilustrados se colocan en el umbral de la sociedad futura: la defensa escrita por Espejo desde la cárcel en 1785 cita abiertamente el *Contrato social* de J. J. Rousseau; el cortés discurso de bienvenida para el Presidente de la Audiencia en 1791, apoyado en la bibliografía enciclopédica de la época (**Moreri**) en realidad le prescribe atrevidamente al Presidente lo que debe hacer, y lo que se prepara ocho años más tarde para saludar al nuevo presidente, en 1797, fue incluso más audaz: se representa *La Zaire*, teatro de Voltaire, autor abiertamente prohibido. En estos tres casos, y en todos los de propia producción textual, ya encontramos a los autores identificándose públicamente con el pensamiento ilustrado europeo y su objetivo: la crítica intelectual y científica, social y política, la cual obliga a los lectores americanos a dejar atrás las directrices de España” (Keeding, 649-650).

Por eso, de la citada investigación es posible concluir que las lecturas de obras prohibidas, las clases de filosofía sobre temas que rebasan lo permitido en las reformas en Salamanca, el estudio y la publicación de temas científicos, la geografía, el libre comercio, se hicieron realidad en el territorio de la Audiencia de Quito, y que todas estas actividades significan la separación

intelectual de España, incluso antes de que se diera la emancipación política.

Jesuitas, franciscanos, incluso mercedarios y agustinos y, más tarde hasta los reacios dominicos, reorientaron su enseñanza, lo que significó un verdadero colapso de la escolástica y la Contrarreforma, como lo comprueba el propio Keeding. Los más avanzados de estos maestros y alumnos, tanto eclesiásticos como seculares, se dieron cuenta de que no solo el pensamiento, sino la economía y la política debían tomar un rumbo irreversible hacia la modernidad. La universidad de Quito se adelantó a la universidad de Salamanca, se emancipó de la autoridad española, y reclamó a la de Lima, todavía manejada a la manera escolástica, por el pago a que le obligaba por sus grados. Esta emancipación ideológica se adelantó, en consecuencia, a la política, abriendo cada vez más la brecha con la autoridad intelectual y política española.

Lo hizo incluso en contra de las excitativas de la Corona, emitidas en 1788, 1794 y 1801, de que se limitaran los objetos de estudio a unos temas inofensivos y que ni siquiera se mencionaran asuntos legales que pudieran poner en duda el poder absoluto del monarca, quien debía seguir siendo para sus súbditos “la imagen viva de Dios”. Al contrario, en la Universidad de Quito, sus profesores y sus alumnos más destacados discutían abiertamente echando mano de “las escuelas protestantes, el escepticismo, el deísmo, el ateísmo, el politeísmo, la filosofía natural de Rousseau y el derecho internacional moderno según **Grotius** y **Heinecke**” (Keeding, 627). Como dice el propio investigador alemán, “durante las clases se apoyaban el absolutismo y la tradición del Estado y la Iglesia [...] Pero, al salir de la universidad, los intelectuales más modernos se comportaban justamente de modo contrario al referido” (631).

La independencia de EEUU

Lo que el historiador **Ricardo Levene** dice sobre la revolución de mayo de

1810 en Buenos Aires se puede aplicar al pie de la letra al movimiento insurgente de Quito de 1809: “Sería absurdo filosóficamente, además de serlo históricamente, concebir la Revolución de Mayo como un acto de imitación simiesca, como un epifenómeno de la Revolución Francesa o de la Revolución norteamericana”. Claro que, a pesar del celo de la censura, las noticias sobre la proclamación de la independencia de EEUU en 1776 en Filadelfia, de la cruenta guerra y del triunfo final de las trece colonias, con ayuda de Francia y, lo que sin duda habría sido más decidor para los conspiradores quiteños y en toda Hispanoamérica, con ayuda de la propia España, alentaron la causa independentista en toda Hispanoamérica.

En efecto, si se piensa que Inglaterra, para sofocar lo que ya no era un motín cualquiera (como había considerado las anteriores asonadas en Boston), sino una verdadera guerra de independencia, envió en 1776 un ejército profesional de 30.000 hombres; que, luego, ese número de soldados bien entrenados siguió subiendo hasta llegar a 50.000; que, además, tuvo a su mando a 20.000 mercenarios alemanes curtidos en las batallas; que empleó más de la mitad de los barcos de su armada, la mayor del mundo, es casi increíble que la guerra fuera finalmente ganada por un ejército que al inicio del conflicto no pasaba de 5.000 colonos inexpertos, cazadores fanfarrones y reclutas sin provisiones y cuyas armas eran unos mosquetes que solo lograban tiros precisos a pocos metros de distancia.

Que el resultado final haya sido la independencia de EEUU y el inicio del primer Gobierno de corte republicano y democrático se debió precisamente a la gran movilidad del pequeño ejército bajo el mando de **George Washington**, también él un coronel inexperto, pero que resultó el hombre adecuado. Como dijo un congresista: “No era un tipo que actuara alocadamente, que despotricara y jurara, sino alguien sobrio, firme y calmado”. Aunque entonces no se la conociera con ese nombre, lo que hizo



La movilidad del pequeño ejército de George Washington logró el triunfo sobre fuerzas diez veces superiores.

Washington fue una guerra de guerrillas, que sorprendía constantemente a los grandes cuerpos regulares ingleses.

Pero hubo también otros factores decisivos, pequeños y grandes: entre los primeros, el desarrollo del fusil, con una precisión de tiro a más de 80 m; entre los segundos, el apoyo de Francia, que envió un ejército al mando del general **Lafayette** y utilizó su armada para interceptar las flotas inglesas, y luego de España, que abrió un flanco de batalla por el sur, desde Nueva Orleans (entonces la más importante ciudad de lo que serían luego EEUU, con 10.000 habitantes), y desde Pensacola, además de hostilizar a los ingleses en sus posesiones en el Caribe, América Central e, incluso, en Europa, como Gibraltar (que no pudo reconquistar) y la isla de Menorca (que sí la volvió a hacer suya), y, al final, incluso de Holanda, que también se querelló contra los ingleses. Mediante el tratado firmado en Versalles en 1783, Inglaterra reconocería su derrota y la existencia de la nueva nación. España recobrará por dicho tratado, además de Menorca, la Florida, los territorios del golfo de México.

¿Cómo no iban a descubrir los más ilustrados y enterados de los criollos hispanoamericanos la contradicción de que España apoyase la liberación de unos pueblos de la potencia que los sojuzgaba y mantuviera a sus propias colonias bajo yugo? Ése es justamente el pensamiento del prócer de la independencia ecuatoriana, luego víc-

tima el 2 de agosto, **Manuel Rodríguez de Quiroga**, cuando, en unos versos titulados *Oda a la tropa* con ocasión del viaje hacia 1806 del coronel **Juan Salinas** a Panamá, con soldados quiteños, para reforzar la defensa del istmo contra posibles ataques ingleses, describe la situación crítica de su patria aún sujeta al régimen colonial y exalta la libertad de EEUU. “Pensad por un momento/ las que amenazan a la Patria, penas;/ traed al pensamiento,/ vuestros hijos cargados de cadenas...”, versifica Rodríguez, y prosigue: “... Los Estados Unidos,/ la capital que el Delaware baña,/ sus pueblos oprimidos/ por los rigores de la Gran Bretaña,/ son seguros testigos/ de aquestos enemigos/ que obligaron al fiel Americano/ a sacudir un yugo tan tirano” (cit. por Jorge Salvador Lara, *La patria heroica*).

En estos patriotas también tenía que causar conmoción la filosofía que sustentaba la insurgencia de esta nueva nación, plasmada en su Declaración de Independencia, uno de los textos más innovadores y trascendentes de la historia de las ideas políticas. La proclama de que todos los hombres nacen iguales y que poseen ciertos derechos inalienables, entre ellos, la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad, y las tesis de que los gobiernos pueden gobernar solo con el consentimiento de los gobernados y de que cualquier gobierno puede ser disuelto cuando deja de proteger los derechos del pueblo, eran una condensación de las aspiraciones más

profundas en toda América. Esta teoría política, que en su tradición anglosajona hunde sus raíces en **Locke** y **Hume**, empataba muy bien con lo que la escuela jurídica española de siglos anteriores y luego el iusnaturalismo del siglo XVIII, con Heinecke, Grotius y **Puffendorf**, sostenían y que se estudiaba en los círculos intelectuales quiteños, como se mostró más arriba. El propio Rodríguez de Quiroga habría de desarrollar estos argumentos en su *Allegato* a inicios de 1809 (cuando se descubrió anticipadamente la conspiración, tras la reunión en Chillo), pues plantea allí que, cuando una nación entra en crisis, la soberanía vuelve al pueblo, y éste puede darse nuevas normas y declararlas solemnemente, mediante una ley fundamental o Constitución.

La Revolución Francesa

Los principios que constituirían el lema de la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad fueron proclamados ya en la Declaración de Independencia, así como el régimen democrático y la división de poderes. En el primer artículo de esta serie (GESTIÓN, N° 170) se demostró que la Revolución Francesa no tuvo un desarrollo lineal y clarividente hacia un régimen republicano: en esos años que se inician en 1789, más bien recorrió un camino dubitativo, manteniéndose los Estados

Generales un buen trecho, incluso después de la Toma de la Bastilla, partidarios de la monarquía y radicalizándose poco a poco hasta llegar en 1783 y 1784 a la etapa del Terror y la guillotina.

Sea de ello lo que fuere, **Antonio del Mazo**, miembro del Cabildo de Quito, por orden del rey, condenó en 1795 la revolución por considerarla anticristiana. Era el argumento al que echaron mano todas las testas coronadas de Europa: el derecho divino de su realeza. Espejo, Rodríguez de Quiroga y otros muestran su rechazo al carácter antirreligioso de la revolución, pero sus principios son aceptados e interiorizados por muchos de los patriotas. Espejo trae de Bogotá una copia de *Los Derechos del Hombre*, que le proporciona **Nariño** y, como se vio más arriba, en las bibliotecas de los principales cabecillas de la revolución quiteña estaban las obras de los enciclopedistas y otros autores franceses de la época. Conocedores del idioma, estuvieron atentos a las noticias de las grandes transformaciones que se daban en Francia, como antes se habían dado en EEUU... y sacaron las conclusiones lógicas. La lucha por la libertad había comenzado en la conspiración de Chillo, relatada en el número anterior. Los patriotas quiteños se hallaban en plena conquista de adeptos para dar el golpe a mediados de febrero. 

VER MUCHO LA TELEVISIÓN ES DE INFELICES

Un estudio realizado por científicos de la Universidad de Maryland, en EEUU, sobre muestras de casi 30.000 adultos, ha demostrado que la gente infeliz ve más la televisión, mientras que las personas felices socializan más.

Examinando patrones de actividad de gente feliz y menos feliz de la General Social Survey (GSS) de EEUU, con datos de entre los años 1975 y 2006, los autores de la investigación descubrieron que la gente más feliz es más activa socialmente, asisten más a servicios religiosos, votan más a menudo y leen más periódicos.

Por el contrario, los infelices ven mucho más la televisión en su tiempo libre. Según los investigadores, estos datos sugieren que la televisión ofrece a los televidentes un placer a corto plazo, pero también un malestar a largo plazo.

Los resultados del estudio apuntan a que la televisión hace que la gente no salga, no se arregle, no busque compañía, no haga planes ni gaste energía. Es decir, que propicia una peligrosa combinación de elementos aislantes. En porcentajes, los infelices veían una media de un 20% más de televisión que la gente muy feliz. 



Una alegoría de la Revolución: la libertad guiando al pueblo.